

AUGUSTO CURY

El  
autor que ha  
cautivado a más de  
diecisiete millones  
de lectores

*El*  
COLECCIONISTA  
*de*  
LÁGRIMAS

*Una novela sobre el Holocausto que nos recuerda que el pueblo  
que no conoce su historia está condenado a repetirlo*

zenith

AUGUSTO CURY

*El*  
COLECCIONISTA  
*de*  
LÁGRIMAS

Zenith/Planeta

## ÍNDICE

Prefacio . . . . .	9
1. El terror nocturno . . . . .	17
2. El terror en el aula . . . . .	25
3. A la caza de enfermos mentales . . . . .	42
4. Conflictos irresolubles . . . . .	67
5. Una esposa aterrorizada . . . . .	78
6. El ego de Hitler . . . . .	91
7. Un psicópata en la universidad . . . . .	115
8. La mente compleja y enferma de Hitler . . . . .	129
9. Apartado de la universidad . . . . .	148
10. La infancia de Hitler . . . . .	155
11. Un simple soldado que impresiona a Alemania . . . . .	176
12. El nacimiento y desarrollo del Führer . . . . .	191
13. Una meteórica ascensión al poder . . . . .	204
14. Una especie que mata a sus hijos . . . . .	221
15. El maestro de los disfraces: seduciendo religiones . . . . .	233
16. Las locuras del III Reich . . . . .	248
17. Devorando el alma de los alemanes: el sutil magnetismo social del Führer . . . . .	259
18. Mi amigo enfermo mental . . . . .	278
19. Una juventud infectada . . . . .	286
20. El proyecto ultrasecreto . . . . .	295

21. El Túnel del Tiempo . . . . .	313
22. ¡He aquí el hombre adecuado! . . . . .	330
23. Un romance en peligro . . . . .	343
Referencias bibliográficas. . . . .	351

## EL TERROR NOCTURNO

*Sin gritar ni llorar, padres e hijos judíos se quitaban la ropa, se reunían en grupos familiares, se besaban y se despedían unos de otros, esperando una señal de otros hombres de las SS,\* que permanecían cerca de la fosa con látigos en las manos. Durante los quince minutos que estuve presente en ese escenario, no oí ningún ruego de clemencia ante el pelotón de fusilamiento... Lo que más me dolió fue ver a una familia de unas siete personas: un hombre y una mujer de aproximadamente cincuenta años, con dos hijas, de veinte y veinticuatro; tres niños, de diez, siete y otro de apenas un año... La madre llevaba al bebé en brazos. El matrimonio se miraba con lágrimas en los ojos. Después, el padre cogió las manos del niño de diez años y le habló con ternura; el pequeño luchaba por contener las lágrimas. Entonces oí una serie de tiros. Miré a la fosa y vi los cuerpos retorciéndose o inmóviles encima de los que habían muerto antes que ellos\*\*...<sup>1</sup>*

\* *Schutzstaffel* (SS) [Tropa de Protección], creada inicialmente como guardia personal de Hitler (de ahí su nombre), se convirtió con el tiempo en una enorme organización paramilitar del Partido Nazi que se encargaba, entre otras funciones, del proyecto del exterminio en masa en los campos de concentración.

\*\* Testimonio real de un observador sobre el exterminio judío.

—¡No! ¡No! ¡Cobarde! Julio Verne se movía en la cama en estado de shock; acaba de tener una pesadilla con uno de los hechos más sombríos de la segunda guerra mundial. Se despertó de repente con el corazón palpitando a toda velocidad, las arterias latándole, los pulmones ansiosos en busca de oxígeno, las manos gélidas y una hematidrosis (sudor sangriento desencadenado en casos muy raros de estrés intenso). Se golpeaba la cara y gritaba:

—¡Soy débil! ¡¿Por qué no he reaccionado?!

Y lloraba sin parar, a pesar de que las lágrimas rara vez formaban parte del menú de sus sentimientos.

Katherine, su esposa, sobresaltada, encendió la lámpara.

—¿Qué ha pasado, Julio? ¿Qué ocurre?

Sin prestarle atención, presa del pánico, él continuaba castigándose.

—¡Soy estúpido! ¡Cobarde!

Perturbada, ella vio el rostro ensangrentado de su marido absolutamente desesperado. Se sentó en la cama, angustiada. Parecía que su esposo estuviera en una guerra y hubiera cometido un crimen imperdonable. Se conocían desde hacía ocho años y llevaban cinco casados. Una relación estrecha, íntima, llena de placer; pensaba que lo conocía bien, pero nunca había presenciado una reacción como aquélla antes. El hombre con el que había decidido compartir su historia era inteligente. Nunca lo había visto sufrir de insomnio, sueño fragmentado o tener terrores nocturnos y mucho menos hacerse daño. Esa fatídica noche parecía como si un brutal depredador y una frágil presa habitaran la misma mente.

Julio Verne era muy observador, decidido, perspicaz, alegre. Era analítico, pero con arrebatos de ansiedad; medurado, pero sin rehuir nunca una polémica. Era políglota; hablaba cinco idiomas: inglés —su lengua materna—, alemán, francés, po-

laco y hebreo. Era un brillante orador, una mente refinada, un hombre poco común. Estudió psicología, fue un destacado alumno y aún más destacado psicoterapeuta clínico y profesor de psicología, pero un accidente cambió sus planes. Tras terminar su máster, un accidente de tráfico le provocó múltiples fracturas y lo dejó inmovilizado durante seis meses. En cama, recurrió a los libros científicos. No obstante, aburrido, perdió su atracción por ellos; necesitaba dosis de aventura. Retomó una antigua pasión, los libros de historia, especialmente los que trataban sobre la segunda guerra mundial. Los devoró durante días y noches como un hombre hambriento que llevara tiempo desnutrido.

Convaleciente, tomó una decisión que sorprendió a sus amigos y a sus padres: estudiar la más fundamental de las áreas del conocimiento, historia.

—¿Historia, Julio? Vas a cobrar menos —dijeron sus padres.

—Pero me mueve una pasión.

—Pero un psicólogo no debe dejarse llevar por pasiones —opinaron sus amigos.

—Y ¿por qué no? Una razón sin emoción es una tierra yerma.

Cuando decidía algo, nunca se volvía atrás. Terminada su nueva carrera, dejó de dedicarse a la terapia para probar suerte en las aulas. Y brilló, aunque su cuenta bancaria ya no fuera la misma. Como ya tenía un máster en psicología, decidió hacer un doctorado en historia, cuyo tema abarcaba la mente de los grandes dictadores. Intrépido, casó estas dos ciencias humanas y se convirtió en un especialista en el perfil psicológico, el marketing, las acciones y las influencias de sociópatas en el tejido social, en especial, de los nazis.

El profesor era de origen judío, tenía treinta y ocho años, vivía en Londres, la ciudad que, a finales de la primera mitad del

siglo xx, había sido la capital de la resistencia al nazismo. Hijo único, 1,83 metros de estatura, cabello liso, oscuro, delgado, con una nariz sobresaliente, ojos almendrados y castaños. Un físico fuera de los patrones de belleza, pero atractivo. Recibió el nombre de Julio Verne por la fascinación de sus padres, Josef, comerciante de arte y productos electrónicos, y Sarah, propietaria de una refinada tienda de una firma femenina, por el legendario escritor francés, Julio Verne. Josef y Sarah viajaban con los libros de este autor y soñaban con que su hijo, cuando creciera, dejase volar su imaginación y fuera un viajero en el tiempo. Lo que no sabían era que un día lo haría de verdad, primero en sus pesadillas y luego...

La dramática pesadilla del profesor lo llevó por primera vez a salir de las páginas de los libros para entrar en la verdadera historia, viviendo en su psique los horrores causados por Hitler. Nunca antes había tenido la sensación de haber sido transportado en el tiempo con tanto realismo. Respiró historia. Con la mente invadida, la tranquilidad robada y el ánimo quebrantado, su serenidad desapareció.

—¿Qué he hecho? ¿Por qué me he callado? ¿Por qué? —Se recriminaba, aún jadeante, Julio Verne, que en seguida le contó a Katherine los detalles de su pesadilla.

Ésta tenía como escenario el relato de Berthold Konrad Hermann Albert Speer, arquitecto-jefe del nazismo, ministro de Armamento y amigo íntimo de Hitler. Cuando terminó la segunda guerra mundial, Speer, uno de los más entusiastas de la construcción de la capital mundial soñada por el nazismo, contó ante el tribunal de Núremberg, creado para juzgar los crímenes de guerra, los asesinatos de familias judías que él mismo había presenciado.<sup>2</sup> El arquitecto del nazismo había visto muy de cerca la gran obra de Hitler, el cruel exterminio en masa de personas inocentes.



El profesor Verne no sólo había soñado con ese hecho histórico, sino que se vio y se sintió participando en «carne y hueso» en el suceso. Katherine se quedó impresionada con la descripción.

—Cariño, cálmate. Estamos aquí sanos y en nuestra cama.  
—E, intentado aquietar su ansiedad, lo abrazó afectuosamente, pero él no se detuvo ahí.

—Yo estaba ahí, Kate. Yo estaba ahí...

Kate era el nombre cariñoso con que la llamaba.

—¿Cómo que estabas ahí? —preguntó ella, preocupada.

—Yo participé en ese episodio...

—Pero sólo ha sido una pesadilla —dijo ella, interrumpiéndolo.

—¡Sí! Pero no ha sido una simple invención de mi psique. Era un drama histórico real. Pero yo... yo me acobardé. ¿Cómo pude hacer eso?

—Pero si era una masacre de judíos, ¿por qué en tu pesadilla no fuiste asesinado?

—Ése es el problema. Que yo no estaba en la piel de los judíos. No era blanco de los verdugos; al contrario, llevaba un uniforme de las SS. Estaba al lado de Albert Speer... —Tomó una profunda inspiración—: Yo vi cómo esas familias morían delante de mí. Vi a madres y niños asesinados despiadadamente. Sabía que pertenecían a mi raza, pero no grité a favor de ellos. Traicioné todas mis convicciones.

—Pero todo ha ocurrido en tu inconsciente. Todo el mundo sabe que eres un humanista, un...

—¿Y si no soy yo mismo? ¿Y si soy una farsa...? —dijo Julio Verne, pasándose las manos por la cara, con gesto de desesperación, de quien empieza a dudar de sí mismo.

Tensa, su mujer hizo otra tentativa más de proteger a su hombre, cuya marca personal, su «capacidad de rehacerse», ahora se encontraba temporalmente fragmentada.

—No te culpes... Recuerda uno de tus propios pensamientos: «Cuando la vida corre peligro, el instinto de supervivencia prevalece sobre la solidaridad»...

Pero este intento no hizo más que empeorar su estado.

—Yo acuñé ese pensamiento para entender las locuras de los demás. Jamás pensé en aplicarlo para entender las mías. No fui solidario, no protegí a los niños inocentes; me acobardé, aunque de manera inconsciente, para preservarme.

A pesar de que sólo quería meter la cabeza debajo de la almohada y no salir de casa, tenía que prepararse para un día más de trabajo. Desconsolado, se levantó rápidamente y fue a arreglarse.

Julio Verne y Katherine se conocieron en la sala de profesores de la universidad, cuando él ya era profesor de historia. Pelo negro, largo, ondulado, ojos verdes, 1,65 metros de altura, treinta y dos años —seis menos que él—, atraía por su belleza física y, más aún, por la intelectual. Formada en psicología social, era especialista en marketing de masas y en ciencia de la religión. Era católica practicante, pero, al igual que Julio Verne, respetaba y hasta elogiaba a los que eran de un credo diferente. Katherine tenía buenos amigos no sólo entre sus pares académicos, sino también entre musulmanes, judíos, protestantes, budistas y ateos. Carismática, de raciocinio rápido, osada, a veces impulsiva, hipersensible, sufría por hechos que aún no habían ocurrido. Soñaba con tener dos hijos con Julio Verne, pero la dificultad de quedarse embarazada la atormentaba.

Dos intelectuales, un judío y una cristiana, vivían en armonía y afecto. Su secreto era sencillo: no tenían la necesidad neurótica de cambiarse el uno al otro, respetaban sus respectivas culturas. Rara vez un matrimonio había sido tan apasionado y alegre. Katherine tuvo muchos pretendientes, pero se enamoró del profesor de historia, de su mente provocadora e inquisitiva,

que sabía que el tamaño de las preguntas determinaba la dimensión de las respuestas. Su intelecto era una fuente insaciable de indagaciones, de ahí su predilección por discusiones, debates, mesas redondas. Pero los años pasaron y el éxito académico llamó a su puerta, causando un desastre.

Los aplausos y reconocimientos se volvieron un veneno que consiguió asfixiar la mente del maestro. Intelectual de renombre, escritor admirado (con cinco libros publicados en más de treinta países), el profesor Julio Verne dejó de nutrirse con las dudas. Su capacidad de preguntar, de pasear por nuevas ideas, entró en coma inducido. El pensador se apagó. La llama que fascinaba a Katherine se estaba debilitando. Sus clases, aunque eran didácticas, estaban bien articuladas y eran ricas en detalles, no oxigenaban la psique de sus alumnos, no encantaban a su público, no generaban introspección y conciencia crítica. Ya no era un formador de pensadores, sino un repetidor de información. Había olvidado la frase que lo motivaba al inicio de su carrera: «El día en que un profesor deje de provocar la mente de sus alumnos y ya no consiga estimularlos para que piensen críticamente, estará preparado para que lo sustituyan por un ordenador».

Aplicaba esta frase a otros profesores, pero le resultaba complicado aceptar que había llegado el día en que se adaptaba a él... Era igual de difícil aceptar que preparaba el alimento del conocimiento para un público que no tenía apetito intelectual. La destacable cultura de Julio Verne no poseía sabor, inducía al sueño. Hasta que otro accidente en su camino, tanto o más fuerte que el que lo había llevado a convertirse en profesor de historia, empezó a rescatarlo: sus terrores nocturnos...

Se preparó en cinco minutos. Nunca le había dado gran importancia a la ropa de marca ni a las combinaciones estéticas; Katherine lo supervisaba en ese campo. No desayunó, pues no tenía apetito. Se limitó a pedir disculpas a la mujer que amaba:

—Me recuperaré, Kate. Gracias una vez más por invertir en mí —dijo con cariño. Ella no lo acompañó; no trabajaba en la universidad esa mañana. Pero le pidió una cosa:

—Anula tus clases. No estás bien. Mira qué cara tienes.

—Ya me gustaría, pero ¿cómo? Los alumnos ya me están esperando. Ellos no tienen la culpa de mis problemas psíquicos.

Le dio un suave beso y se despidió.

Las pesadillas empezaron a sucederse noche tras noche y hechos perturbadores empezaron a ocurrir durante el día, reavivando y nutriendo su ansiedad, pero también, en cierto modo, liberándolo del calabozo de la monotonía y haciendo que su psique se volviera a aventurar. Volvería a brillar en las aulas, pero el precio que tendría que pagar sería alto, muy alto...